

## CARTA XV.

Burdeos.

¡Victoria, querida Carolinal! tu prima ha triunfado por fin de un ruin respeto humano, de un miserable orgullo, y ha comenzado á hacer una buena y larga confesion general, cuyo primer efecto ha sido ponerla en paz dichosamente consigo misma. Ha venido muy contenta á darme parte de este primer paso que se le hacia tan difícil, y de que está tan satisfecha, que desea á todo trance procurarle á su marido la misma dicha. Puede ser que lo consiga si obra con prudencia, porque el Sr. Marval es tan bueno! que como decia mi papá, es la espuma y la nata de los hombres. Así, pues, si nuestro buen Cura profetizó bien cuando dijo que nuestra Aurelia seria una gran santa, ya está en el buen camino que conduce al paraíso; solo quisiera que no instase mucho á su marido; quizá

eso seria el mejor medio de apartarlo del bien para siempre; pues, sin murmuracion, es cosa muy árdua hacer entrar al camino de la salvacion á esa altiva mitad del género humano, que tiene barba y bigotes. Escríbele, pues, á tu prima, que es necesario que modere su celo, y se esfuerce primero con el cambio de su conducta, en hacer amar la religion á su marido. Despues, cuando él vea que la ha convertido en una mujer sumisa, empeñosa en agradarlo, virtuosa, en una palabra, él mismo hará justicia á la divina moral del Evangelio, y se verá obligado á imitar á su cara consorte. Sí; no dejes de escribirle en ese sentido unas cuantas líneas tuyas, conseguirán más que todos mis sermones por elocuentes que sean.

Me pides de tan buen modo en tu última carta que te acabe de contar la historia de la Srita. Paulina Raffet, que sin más preámbulos la tomo desde donde la dejé. Agradece á mi buena memoria, el que pueda repetirte, casi palabra por palabra, sus mismas expresiones: la hemos dejado abrumada bajo el peso del dolor que le causaban la conducta de Melania, y su partida. Continuó, pues, en estos términos:

«Por fortuna mia, detuvieron á mi hermano en casa de un amigo suyo, con lo que no vino á comer;

porque en el estado en que me hallaba era muy fácil que hubiera yo hecho traslucir algo, aunque involuntariamente, el secreto que habia prometido á Dios que guardaria en favor de Melania. Pasé una noche horrible sin poder dormir nada; pero por fin, poco á poco la oracion llegó á calmar mi triste corazon, y logré sentirme ya á la hora del desayuno con suficiente fuerza para hablarle á Alberto con cierto aire de alegría.

Me hubiera sido muy difícil engañar la cariñosa inquietud de mi querido hermano, si no hubiera estado él mismo, demasiado ocupado en ese dia, con un negocio grave. Despues de la comida, me dijo abrazándome, que se miraba precisado á ausentarse por una semana: pero, añadió, me voy tranquilo, porque estoy seguro de que Melania te acompañará y te cuidará mientras vengo». Procuré sonreírme, y se fué muy convencido de que mi amiga no tardaria en llegar á hacerme compañía; lo dejé en esa ilusion, y como me sentia con mucha necesidad de darle alguna expansion á mi pobre corazon, me fuí á buscar á mi director, á quien le confié mis penas, suplicándole que me ayudase con sus consejos. Lloró conmigo, aprobó mi resolucion de ocultar cuanto pudiera á mis hermanos el matrimonio de Melania, y me hizo comprender que yo

no debia esperar otro alivio á mis pesares, que en el servicio y el amor de Dios, omnipotente consolador de los afligidos.

«Dedíquese vd., me dijo, á obras de caridad, le han de proporcionar una dicha mil veces preferible á la que ha perdido; dicha que en la edad y posicion de vd., se puede volver á hallar fácilmente.»

El santo sacerdote, amigo íntimo de mi familia, ni aun había notado que daba yo miedo aun á los niños, que se retiraban al acercarme. ¡Ay! amo mucho á los niños, los quiero, los respeto como templos de la inocencia, como ángeles, imágenes vivas del que adoramos en el establo de Belen: nunca he podido ver sin envidiarla á una madre con uno de esos pequeños é interesantes seres en los brazos, y, despues de mi enfermedad, el primer movimiento de esas tiernas criaturas ha sido el de resistirse á mis caricias. Cruel suplicio, que he debido á mi aspecto; no le podré decir todo lo que me ha hecho sufrir, y cuánto tiempo y valor fué necesario para acostumbrarme á llevar esta cruz tan pesada, que me abrumaba, y habia venido á reemplazar tan bellas ilusiones.

Con todo, á la vuelta de Alberto, ya habia hecho á Dios el sacrificio de mis más caros afectos,

y recobrado bastante calma y tranquilidad de espíritu para emprender con él la conversacion que deseaba tener.

Hermano mio, le dije, muchas cosas han pasado en tu ausencia..... Tengo dos malas noticias que darte..... te han de afligir tal vez más que á mí, y.....

Sí, ya presumo, interrumpió él: te has disgustado con Melania; y de ahí ha venido un rompimiento; pero yo restableceré la armonía entre las dos.

¡Oh! nó, suspiré: no ha habido nada de eso.....

Yo lo creo así, porque tus criadas me han dicho que tú has llorado mucho en estos dias, y que Melania no ha vuelto desde la víspera de mi viaje.

Eso ha sido, le repliqué, procurando dominar mi emocion, porque no le ha sido posible; ese mismo dia tuvo que salir de Burdeos, para no volver nunca.....

¡Se ha ido de Burdeos para no volver jamás! repitió con algun enfado. ¿Qué quiere decir eso? explicate..... Renuncia á la union con Enrique?

¡Ay! sin duda que sí..... Pero no la juzgues con severidad, querido Alberto..... Ha tenido ra-

zones muy poderosas para decidirse á hacerlo, y causarnos tan gran pesar.

No podia tener ninguna, dijo con arrebatamiento; no hay una sola que obligue á faltar así á su palabra. Esto es horrible! Su conducta es infame! ¡Pobre de Enrique! no merecia una afrenta semejante tanta ingratitud.....

Hermano, le interrumpí con dulzura, créelo, ella es mucho más desgraciada que nosotros, al verse precisado á llegar á este extremo..... Además, es mejor porque no lo queria á Enrique.....

¿No lo queria?.....

No: me lo ha confesado llorando.

¡Es raro! pero ¿por qué no lo dijo más pronto?

Porque esperaba quizá unírsele á lo ménos por razon y reconocimiento.....

¡Miserable ocurrencia! decia, paseándose á largos pasos; ¡una mujer que no tiene nada, rehusar á Enrique por esposo!..... ¿Se puede creer eso.....? No..... hay algo ahí que me ocultas, Paulina, y que yo quiero saber..... dime la verdad, descúbreme dónde está, y yo sabré obligarla á que me hable con franqueza.

Temblaba yo como una hoja, y guardaba silencio: entónces dió él un golpe con el pié en el suelo, ya con impaciencia, y me repitió esta pregunta,

mirándome con fiijeza: ¿Dónde está? ¿Dónde está? Respóndeme.....

No puedo, le dije sollozando: he prometido guardar el secreto.

Vamos, replicó abrazándome, no te aflijas ahora, porque esa loca de Melania ha destruido uno de tus ensueños, una ilusion que acariciabas con tanto amor..... Se ha burlado de nosotros, ha engañado indignamente tu amistad; pero despues de todo, no hay por qué afligirte..... Sé prudente, Paulina, olvida una amiga que era indigna de tí. En cuanto á Enrique, espero que tendrá más filosofía..... Pero, estás bien segura de que Melania no se arrepentirá de esta tontera?.... Porque con ocultársela á Enrique, todavía se podria componer.

Nó! le dije: la suerte de Melania está fijada de un modo irrevocable.

Alberto tenia demasiada lealtad para sospechar siquiera la verdad, con lo que se figuró que habia renunciado al mundo, y exclamó: ¡Ah! ya entiendo, ha entrado á algun convento para hacerse religiosa: bien me lo puedes decir.....

¡Alberto! repliqué, si me quieres, y te doy alguna lástima, no insistas en eso; he prometido no decirlo.....

Bien, esto basta; cálmate, Paulina, te ofrezco no volverte á hablar de eso, pero consuélate: nosotros te amarémos en lugar de ella; y por tu parte ¿no puedes consagrar á tus hermanos, á tu novio, el puesto que una ingrata ocupaba en tu corazon?

A mis hermanos, sí; sobre todo, á tí, querido Alberto, exclamé arrojándome en sus brazos; pero á Fernando, no..... no quiero ni volverlo á ver.....

¡Bueno! ¿qué tú tambien has perdido la cabeza? me dijo Alberto.

—Al contrario, las razones que he tenido para renunciar para siempre al matrimonio, son tan graves, que tú mismo has de aprobar mi conducta.

—Bien! vamos de mal en peor!

Veamos, le dije llevándolo delante de un espejo; háblame de buena fe, Alberto mio: te casarias con un mónstruo como el que ves enfrente, si no tuviera dote?..... pienso que no; si esto es así, convendrás conmigo en que, si tuviera la necedad de casarme, estaria segura de antemano, de que nadie lo hacia sino por mi dinero, y con tal conviccion ¿crees que podré ser dichosa? ¡Oh! no! es imposible!

Pero, replicó con mucho fuego, ultrajas á Fernando, suponiendo que no te quiere tanto ahora como ántes de enfermarte; yo lo conozco mejor que tú, y sé que tus cualidades y no tu belleza fueron las que lo prendaron, y estoy muy convencido de que te ama lo mismo.

Moví la cabeza en señal de incredulidad, y añadí:

—Tú no me quieres creer; pero no tenemos más que esperar su vuelta, y él mismo te probará cuán injusta eres con él.

—Nó, nó, exclamé; no lo he de volver á ver.... ni él, ni nadie me harán cambiar la firme resolución que he tomado de no separarme de tí..... Por otra parte, hermano mio, es inútil ocultártelo más tiempo; he librado á Fernando de sus promesas, le he devuelto su palabra.....

Y ¿la aceptó él?....

Sí, sin vacilacion; aun hizo más, la recogió sin mi consentimiento; pero apénas lo supe, encargué á Melania que le avisase que por mi parte quedaba libre de sus compromisos: así, aunque ocultándole una parte de la verdad á mi hermano, conseguí, sin embargo, no faltar á tan delicada virtud.

Alberto, no pudiendo creer lo que yo le decia, sacudia la cabeza con enfado é impaciencia; yo hi-

ce cesar todas sus dudas, noticiándole que Fernando habia partido de Burdeos, despues de romper la negociacion que tenia entablada para conseguir la plaza que pretendia, prueba suficiente de que ya no pensaba fijarse en esta ciudad.

Al ver desvanecerse su última esperanza, se quedó Alberto por algunos instantes como un hombre que no acaba de despertar, y procura librarse de un sueño penoso: en seguida, tendiéndome los brazos, me dijo con una expresion indescribible:

¡Pobrecita! ¡Ah! que no pueda yo hacer para contigo las veces de todo....! que no pueda yo satisfacer á fuerza de cariño todas las necesidades de tu corazon....!

Las colmas por completo, le respondí, correspondiéndole las caricias que me hacia; y en lo de adelante espero probarte que tu amistad basta para hacerme dichosa.

En efecto, su tierno interés, sus consideraciones tan delicadas y tan finas, endulzaron poco á poco la amargura de mi dolor, que la religion cambió al mismo tiempo en una dulce resignacion, y acabé por hallar en el amor de Dios y de mis semejantes una abundante compensacion de las afeciones perdidas.

En cuanto á Enrique, al saber la desaparicion

de Melania, se llenó de furor, fulminó mil anatemas contra las mujeres en general y contra ella en particular. Amenazó seriamente con recurrir al auxilio de la fuerza armada para buscarla por toda la Francia y obligarla á casarse con él; despues, cuando se desahogó bien contra su infiel novia, se consoló de repente, como lo habia previsto Fernando, y á los tres meses, queriendo utilizar los ricos presentes que tenia preparados, se decidió á ofrecerlos con su corazon á una señorita jóven, rica y amable con quien se casó poco despues. Esta union, que fué muy dichosa, me libró á mí de una cruel inquietud; porque temia haber comprometido la tranquilidad de Enrique, cuya constancia creía que era más grande.

Por crecidas que sean nuestras penas, siempre se aligeran si las personas que amamos están libres de esos pesares agudos que amargan la existencia. Así; acallando todo interés personal, todo sentimiento de egoismo, me aprovechaba del casamiento de Enrique, para instarle á Alberto á que lo imitara, pues todavía jóven, podia muy bien pasar á segundas nupcias. Agradeció el motivo que me impulsaba á obrar así; pero me prohibió tan expresamente que le volviera á hablar de eso nunca, á ménos que fuera por desear vivir aparte, que no

me atreví á hacerle desde entónces ninguna otra insinuacion.

«No se ha visto jamás, segun me parece, una amistad más santa y más tierna que la que nos unia á Alberto y á mí; no puedo compararla mejor que con la de San Gregorio y San Basilio: la descripción que hace de ella el primero de esos santos, representa tan bien el afecto recíproco de nosotros dos, que no puedo ménos que repetir ese trozo.

«Parecia que no teniamos sino una sola alma en dos cuerpos; y aunque no se debe dar crédito á los que dicen que todo está en todas las cosas, es preciso admitir que nosotros dos estábamos uno en otro; ambos teniamos un mismo deseo, el de cultivar la virtud y arreglar los designios de nuestra vida en vista de las esperanzas futuras, desprendiéndonos así de este polvo mortal, aun ántes de morir realmente.» (San Gregorio de Nacianzo.)

¡Ay de mí! Olvidando que Dios no prueba sino á los que ama, me lisonjeaba de que podria gozar mucho tiempo de la dulce y santa compañía de Alberto, cuando á los cinco años fui privado de él, despues de una corta y dolorosa enfermedad. Hasta el último momento procuró consolarme, presentándome motivos de fe; sobre todo, en esas cir-

cunstancias fué cuando su piedad causó admiracion á cuantos tuvieron la dicha de acercársele.

Creo poder gloriarme de haber recibido en mis brazos el último aliento de un santo, que era al mismo tiempo mi hermano y mi amigo.

Expresar mi dolor por su muerte, es imposible; me incliné sin murmurar bajo la mano del Señor que me heria en el lugar más sensible, pero lloraba una desgracia que me dejaba en el más completo aislamiento. Amaba tiernamente á Enrique, y no podía pensar en ir á vivir con él, porque sus gustos, su genio, eran muy diferentes de los míos, para que pudiera esperar hallar en él siquiera una parte de aquel tierno cariño que Alberto me habia prodigado tanto. Además, estaba casado, y sabia yo por experiencia lo difícil que es para dos cuñadas el vivir con perfecto acuerdo. En cuanto á mis otros hermanos, no los habia yo vuelto á ver desde que murieron mis padres, así casi no los conocia; nos escribiamos pocas veces, y la carrera que habian emprendido, era un obstáculo para que nunca pensase en reunirme á ellos. Por otra parte, siguieron de cerca á Alberto en el sepulcro; en ménos de un año murieron léjos de mí, y sin que los hubiese abrazado por última vez: sin embargo,

tuve el consuelo de saber que habian muerto cristianamente.

Después que se desbarató mi casamiento con Fernando, me habia apartado completamente del mundo y de la sociedad; no trataba más que con algunos amigos antiguos de mi familia, cuyas filar aclarába la muerte cada año, con lo que, cuando perdí á Alberto, me encontré casi sola sobre la tierra. ¡Oh! todavía me acuerdo de los crueles ratos que pasé en aquella casa que ya no animaba su presencia, y que me parecia una Thebaida, donde todo me recordaba la falta de mi querido hermano, único ser ¡ay! que me amaba todavía aquí abajo.

Nuestro buen Cura comprendió que yo no podia permanecer en una situación tan penosa, que con todo me empeñaba yo en conservar; pero usando de toda la autoridad que tenia sobre mí, me decidió á venir á establecerme en este pueblo, cuyo párroco era un discípulo suyo. Sin duda Dios fué quien se lo inspiró, porque acogida perfectamente por sus vecinos, no tardé mucho en hacerme amar de ellos, y poco á poco sus hijos acostumbrados á verme, venian á prodigarme sus caricias que envidiaba tanto. Hoy seria muy difícil poderle explicar á vd. lo feliz que me hallo. ¡Ah! bendito sea

Dios que nunca me ha privado de un bien, sino para concederme otro más estimable, por ser de su eleccion! Habia yo deseado los goces de familia, y he encontrado aquí numerosos niños, cuya ternura y amor embellecen mi vejez. ¡Oh! cuando Dios sea servido de llamarme á sí, no quedará olvidado mi sepulcro, ellos vendrán á rogar por la que llaman su buena amiga.»

Calló la Srita. Raffet, y yo le dí las gracias con expresion por su deferencia, despidiéndome de ella bendiciendo al Señor, que ha dado á los hombres una religion tan bella y tan capaz de procurarles la verdadera felicidad.

¡Ojalá que nuestro reconocimiento fuera igual á sus dones, y que siguiéramos nosotras, querida Carolina, á ejemplo de esa piadosa señora, el camino que conduce al cielo, pues que solo en él tiene esperanzas de reunirse contigo, quien te ama tan de veras. Adios, me siento con ganas de predicar, y por temor de darte sueño, prefiero dejarte, suplicándote recibas las *buenas noches* de tu amiga

SOR TERESA.

---

### CARTA XVI.

Burdeos.

Te estás dejando dominar mucho de la curiosidad, querida Carolina; me haces preguntas hasta cansar sobre la Srita. Raffet, y como yo no las puedo contestar, me veo obligada á recurrir á su amabilidad que nunca falta. Le han caido muy en gracia todas tus quejas por su silencio sobre la suerte de Melania, y te ha quedado muy agradecida por saber que ha conquistado tu corazon á la corta distancia de 150 leguas. En cambio, me ha encargado que te diga muchas cosas de su parte; pero como empiezo á tener algun celo de ese afecto, que podria muy bien hacer que me pusiera á mí en el segundo lugar de su lado ó del tuyo, me limitaré por hoy á referirte mi conversacion con ella. Entré y le dije:

«Señorita, otra vez Sor Teresa viene á molesta-